

Varieté

30
céntimos



DÍAZ
ANTÓN.

COSAS DE ESTOS DÍAS, por Díaz-Antón.

—Mire, mi señorita no quiere este besugo.

—¿Y a quién le vendo yo ahora un besugo que acaba usted de devolver?

Biblioteca Nacional de España



GALERIA DE RETRATOS

Conchita Constanzo

As del skecht y emperadora de las revistas de Maravillas y Romea. ¿Que si es guapa? ¿Pero no lo está usted viendo?

Fot. iWalten.



Varieté



REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados a 30 céntimos ejemplar

Ordenanza de Varieté, D. Canuto

Año I

Madrid 31 de Diciembre de 1927

Número 5

Una conferencia singular

Señoras y señores: Voy a tomar la palabra con tanto trabajo como si tomara ricino. Y bien sabe el que todo lo puede, que no es la falta de facilidad en la expresión, la barrera que dificulte mi paso por el difícil tema que me habéis pe-

dido que explique, defina y defienda, no. ¡Rediez, que no es eso!

La barrera sois vosotros mismos que me hacéis el honor de pedirme que hable, pero que tenéis la poca vergüenza de creer que voy a decir lo que os conviene nada más.

Me pedís que ataque en mi conferencia a la inmoralidad en las costumbres actuales, ¿no es eso? Pues entonces... (interrumpiéndose); Bueno: si esa señora vieja no se baja la falda no puedo conti-

nuar, porque tiene unas piernas horrendas! (reanudando). Pues bien, Voy a terminar rápidamente, porque hay arroz en casa y lo van a echar a la una en punto. Tengo noticia de que muchos de los que estáis escuchando y que tenéis más años que un palmar, habéis flirtado en vuestra juventud hasta la náusea; y otros de los que escucháis habéis sido siempre tan estúpidamente feos y contrahechos, que os habéis tenido que confor-

NOTAS GRAFICAS DE LA SEMANA



DEL CELESTE IMPERIO

UN MORALIZADOR

No nos referimos a la China, sino a dos sabios jamón emperadores de la astronomía, que a su paso por España con rumbo desconocido, se han detenido ocho minutos, los suficientes para hacerse una fotografía junto al mundo últimamente descubierto por ellos.

El señor Pascasio y Rumualdo (el de Cabestreros), que así se denominan los mundanos sabios, han hecho importantes revelaciones con respecto a las alteraciones barométricas que producen desajustes en la madera de los mundos baratos, los cuales no cierran ni con mandamiento judicial.

Fotografía obtenida desde un armario por el popular fotógrafo Nicasio, de uno de los momentos en que el asqueroso moralizador, el ilustre conde de Las Cuarenta Horas, acosa a su mecanógrafa, la señorita Dolores Debán. El indecente conde está redactando en estos días su anunciado discurso sobre La defensa de la mujer.

mar con presenciar la gran fiesta de la Vida desde las más incómodas localidades sin tomar parte activa en el festival. Y es por esto que yo os digo que, salvo cuatro o cinco señoras y caballeros a los que me rejunto gustoso, sois unos hipócritas, que si lo de Voronoff no fuera camelo, os estaríais subiendo a los frutales. Y añado que dentro de unos años todos los jóvenes hipócritas que ahora se están hinchando, pedirán a otro conferenciante que arremeta contra la licencia en las costumbres, y así, por tandas, hasta la consumación de los siglos. ¡Maldito sea vuestro pellejo!

Y como se me está haciendo tarde para el arroz, voy a terminar con una sentencia que ninguna persona decente puede menos de encontrar justa: que se honre como se merece al que trate de sujetar al desenfrenado burro de lo licenciado, porque nunca cabalgó sobre él, y que pinten de verde esmeralda a todos los que, porque ya no pueden sostenerse ni en un trote cochinerero, piden que se mate al burro.

Y ya he terminado. ¡Hále! ¡A tomar el fresco! ¡Nos ha fastidiado!

(Telón corto.)

Este número ha sido visado por la censura



—¿Pero estás seguro de la desaparición de tu esposa?
—¡Segurísimo!... Pero lo malo es que no se a cual de mis amigos dar las gracias.

Dib. de Anguita.

Chascarrillos

—¿En qué se parece un alumno de primer año de piano a un vapor trasatlántico:

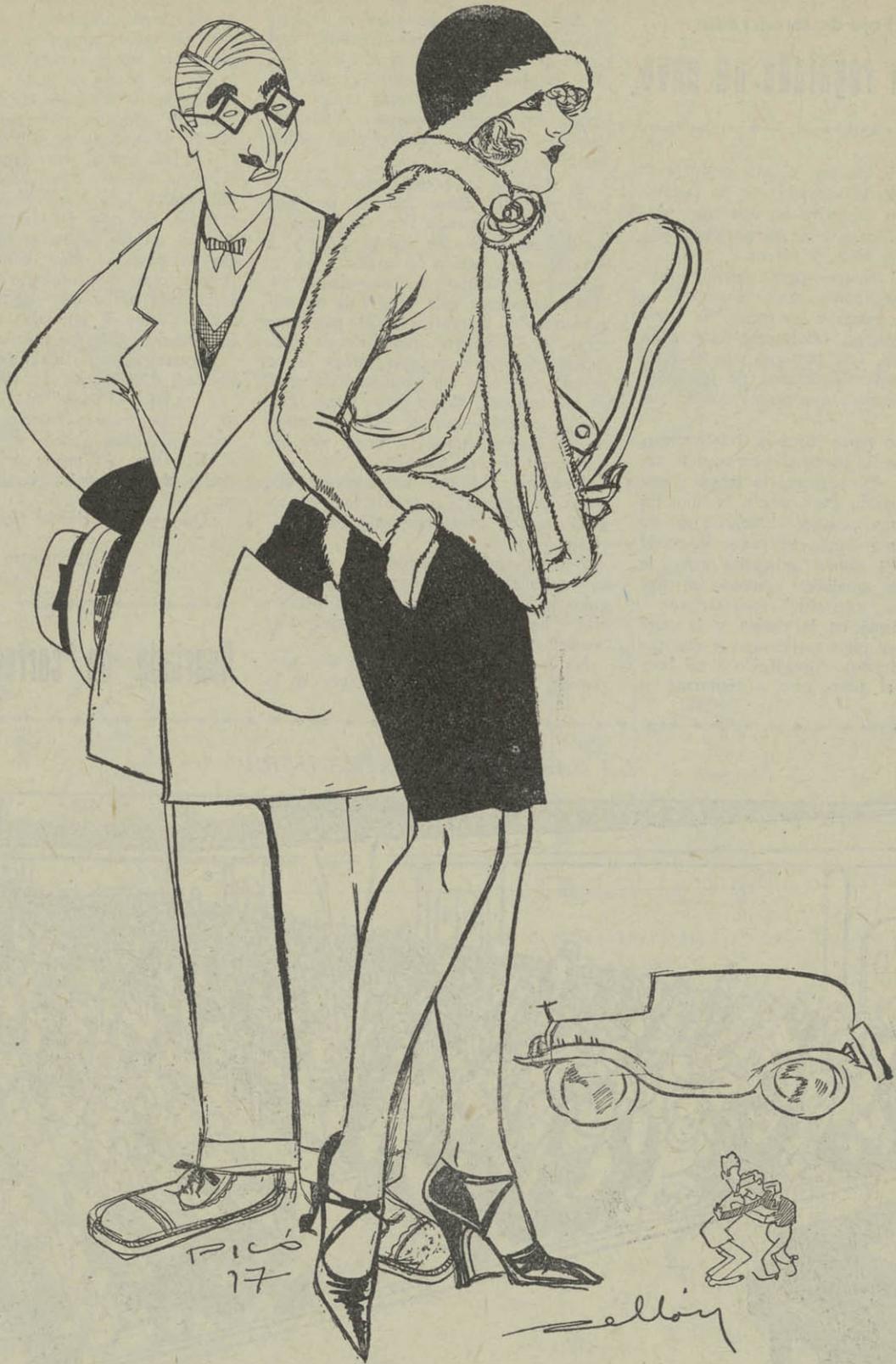
—En que se pasa el tiempo haciendo escalas.

—¿Por qué ha venido usted a establecerse a Madrid? ¡Abandonar un lugar con aires tan puros!...

—¡Muy puros, sí señor! Si hubiera podido mantenerme del aire yo le juro a usted que no me muevo del pueblo ni a tres tirones...



Ella.—¿Se acuerda usted de aquellos tiempos?
El.—¡Ya, ni me acuerdo, señora!



El.—¿Me permite usted que la acompañe?

Ella.—Mil gracias, pero... ¡Soy solista!

(Dib. de Picó y Bellón.)

Por el ojo de la cerradura

Me han regalado un pavo

Un pobre hombre, al que pude prestar un pequeño servicio, me ha regalado un pavo. Yo vivo en una casa modesta. Y mi casero me ha prohibido dos cosas: tener niños y perros.

Para mi casero—para muchos caseros, por lo visto—, todo es uno y lo mismo: los nenes y los canes. Es fuerza, sin embargo, obedecerla. Hay falta de viviendas. Las patronas me horrorizan. Los que disponemos de modestos ingresos, tenemos que pechar con lo que salga.

Lo de no tener hijos es relativamente fácil. Lo de no tener perros, más fácil todavía. Los caseros lo saben y por saberlo, abusan. Pero voy a lo mío. La otra mañana, cuando llamaron a mi puerta y me dieron el pavo, le recibí gustoso. El pobre animalito tuvo la gentileza de saludarme agitando las alas y lanzando "glus-glus" encantadores.

Le albergué en la cocina y le puse a su alcance unos mendrugos y una cazuelita con agua. Agradecido a mi hospitalidad, el pavo vino a visitarme al

comedor. Y para moverme a simpatía—creo que sería por ésto, sabedor de su fin inmediato—, hizo, en su lengua, grandes elogios de mis muebles. Los picoteaba dulcemente y repetía el "glu-glu" mirándome a la cara. Luego se trasladó al gabinete y más tarde a la alcoba con solemne apostura. Y se esponjó—¿he dicho se esponjó?—sobre mi propio lecho.

En realidad, no podía molestarme. El pavo procedía, como muchas personas que dicen estimarnos. Yo me limité a darle unas palmadas en la cola y a llevarle, otra vez, a la cocina.

Como no como en casa—había olvidado consignar este detalle de mi administración doméstica—, el pavo me servía de compañero; pero sólo de compañero. Quiero decir que jamás le he mirado con ojos de apetito. Era, para mí, un huesped. Como otros tienen grillos o canarios—porque esto los caseros no lo empecen—, yo tengo este bichejo con aire de filósofo...

Pero me notifican formalmente que tengo que guisarle o regalarle; que no puedo tenerle como huesped; que el alquiler lo veda.

Y heme aquí sorprendido por una duda horrible. ¿Le mato por instinto sanguinario y sin proyectos de la pepitoria? ¿Le desahucio? ¿Le vendo? ¿Le regalo?

No quiero regalarle porque soy presumido, lo confieso. ¿Viste tener en la

cocina un pavo tan rollizo en estos días de Navidad! Se da uno la importancia de ser gente influyente.

No le vendo porque es un menosprecio al que me lo ofreció de buen talante. No le pongo de patas en la calle, porque sería insensata mi conducta...

Me he allanado a no tener criaturas. Me he allanado a no albergar perritos. ¡Ni criada tengo, por respeto a la finca! Pero del pavo, no prescindo sin reñir batalla. Con mi abogado y mi procurador, defiendo mi derecho. Ya está listo el escrito. Si no se me demuestra que el pavo es más dañoso que una suegra, más inconveniente que una cuñada, más feroz que un ama de cría,—por hablar de animales domésticos—, le retendré conmigo mientras viva.

Para mí es un artículo de primera necesidad. Desde que le tengo conmigo "se me sube el pavo" cuando me hablan de ciertas cosas o cuando leo determinadas novelitas.

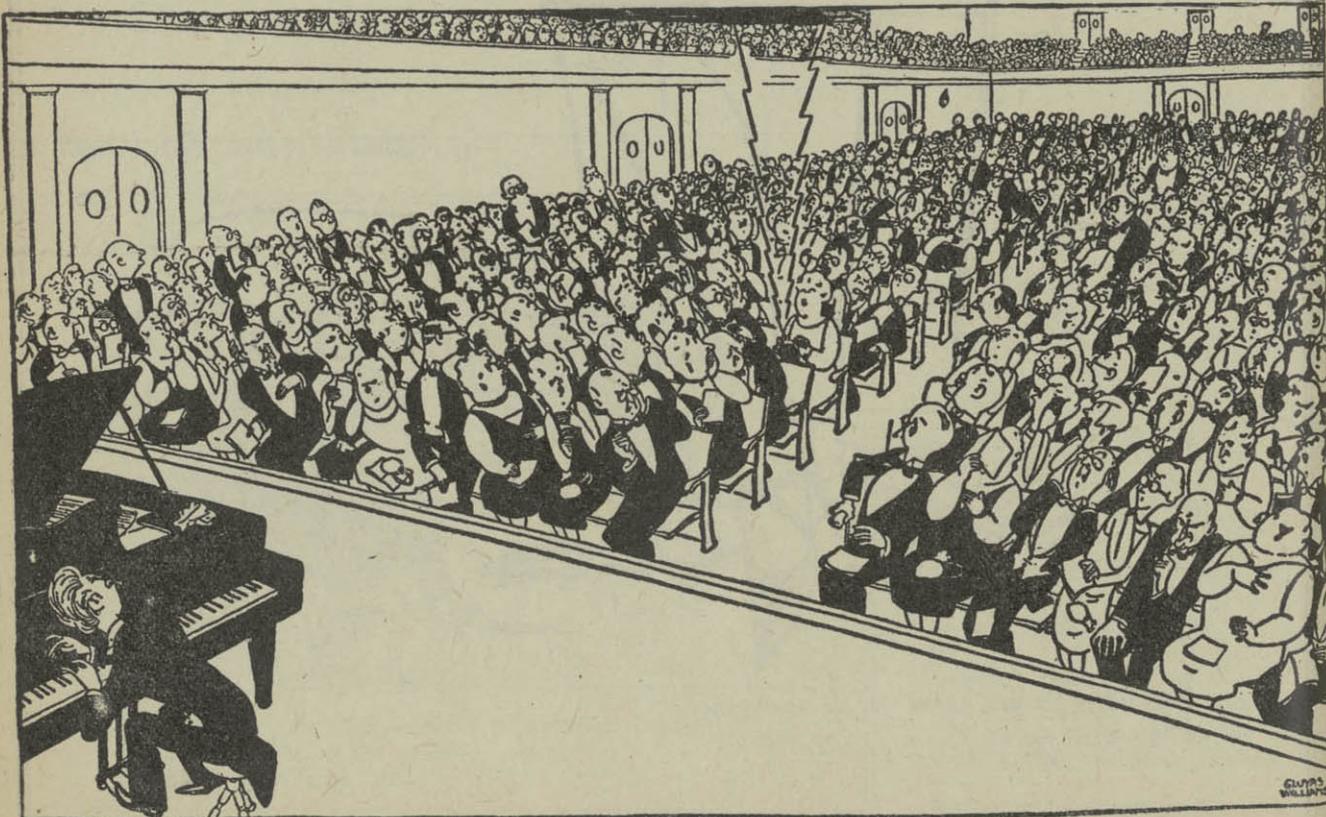
Mi casero no puede privarme de la dicha de ser, palmariamente, pudoroso.

¡Que ya iba siendo tiempo!

LEOPOLDO BEJARANO.

Apartado de correos 8.032

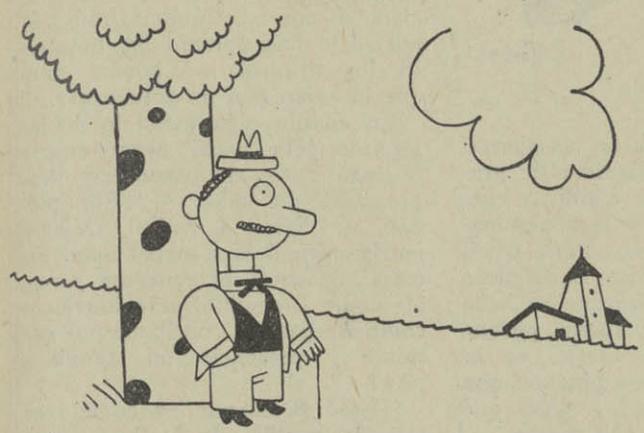
LA CARICATURA EXTRANJERA



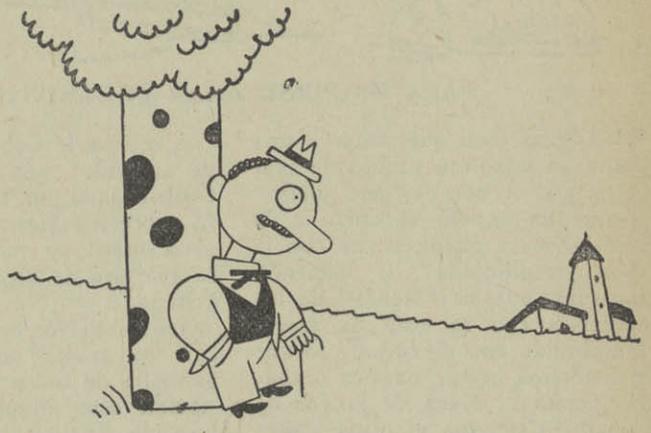
Una señora ciera ruidosamente su portamonedas durante un "pianissimo".

El hombre que no quería perder el tiempo

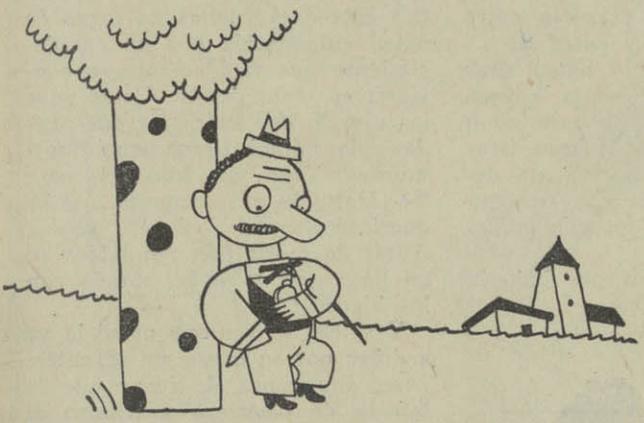
Por MIHURA



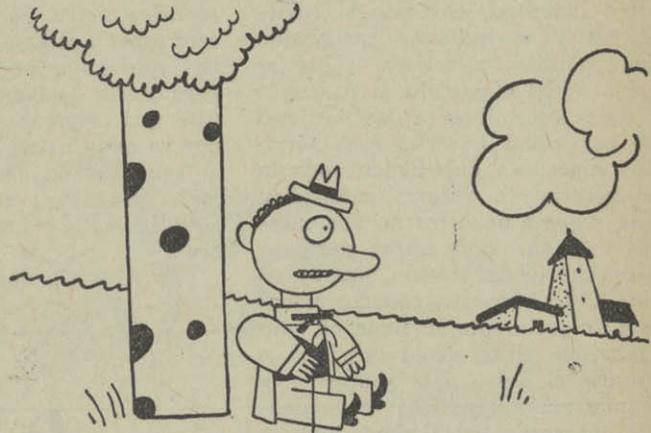
—,Caramba! Las cuatro y ese sin venir. Y me dijo que sería puntual.



... Ya que le he esperado cinco minutos, esperaré otro poco.



... ¡Cómo tarda! Pues ya que he perdido tres cuartos de hora, no me marcharé, no sea que venga.



Ya llevo aquí un hora y media. Pues yo no pierdo este tiempo. Le esperaré.



Ya que he perdido un día entero, no me marcharé, porque a lo mejor viene.



... Pues yo estos seis meses no los pierdo...

MIHURA.

De utilidad y recreo



S. Vargas.

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE

Nada más fácil que poner a una señora en absoluto estado de mareta, y si no con el "pelo suelto" porque lo impide el corte a lo Manolo, se la puede poner con la "raya desdibujada" y haciendo guarismos por las "fachás" de los muebles con la vista de través y respirando con dificultad; lo que de denomina orate, lunática o chales "perdía". ¡Nada de polvos de la madre Celestina ni otras tonterías de magia! Hace falta algo de juventud porque si consigue usted enamorar a una mujer y no tiene usted juventud, es como si tuviera tos y se hubieran extinguido las pastillas curatrices. ¡Que se había usted efectuado la pascua!

Para atontolar a las mujeres no hay como hacerles esos servicios especiales que tienen toda la apariencia de favores señaladísimos, y que a nosotros no nos cuestan más que unos ratos perdidos al acecho de la ocasión, por ejemplo: Usted observa constantemente a la gachí que se tiene en vilo hasta que tiene usted ocasión de quitarle el bolso o la sombrilla, y cuando más angustiada se encuentra, aparece usted diciendo que lo ha hallado en donde haya tenido la probabilidad de haberlo olvidado. Su alegría será himalayesca; le parecerá usted apolíneo aunque sea usted tan feo como negarle un pitillo a un padre (a un padre de uno), y aunque sea usted tan repugnante que haya que sujetar a los transeúntes para que no le asesinen a tiros.

Usted se entera de que a la desveladora de sus sueños le quitan los higos chumbos; pues se presenta usted en su casa con docena y media de los "higos pelotaris" (son de pala), diciendo a la hermosa: —"Se que se entreabre usted por los higos chumbos y he cogido éstos para usted. No tema usted pincharse, porque para dárselos limpios de pinchitos me los he restregado por el cuerpo hasta despojarlos de esa peligrosa molestia. Yo estoy hirviendo de picores pero me gusta sufrir por usted".

A ella se le doblarán las piernas de emoción; una lágrima de gratitud rodará por su mejilla y caerá sobre los higos y le abandonará a usted su mano. Pero usted se apartará de un salto hacia atrás gritando: —"¡No acerque su bella mano!! ¡¡No me toque porque soy un erizo; mi cuerpo es la panoplia de todos los pinchos que tenían esos higos!!... ¡Ay, qué horrible martirio!... No poder estrechar hasta adelgazarla esa mano que me tiende usted amable!... ¡Ay, qué horrible picor!..." Y se revuelca usted por el suelo entre estertores agónicos y entre las sillas que haya podido usted tirar para darle ambiente a la escena. Con una pequeña pastilla de jabón que se meta usted en la boca arrojará la espuma necesaria para dejarla suspensa a ella y a ochenta estudiantes de los más empollo-

nes. Ella al verle sufrir por haberla



La gorda.—¿Y qué ha hecho usted para adelgazar?

—La delgada.—Masaje. Me dan una horita diaria.

La gorda (suspirando).—¡Yo no tendría bastante con una horita. A mí me hace falta un añito diario!

Dib. de Pin Pin.

querido complacer con la busca y captura del higo, dejará el paquete de los chumbos en el trincherero y se retorcerá las manos desesperadamente y sollozará, mientras le mirará con los ojos desorbitados murmurando: "¡Oh qué desgraciado es por mí. Cómo sufre y cómo se le han soltado los botones de los tirantes!... Llamaré para que le cojan con unas tenazas!..."

En cuanto oiga usted lo de las tenazas debe usted pegar cuatro o cinco saltos de carnero, y desplomarse diciendo: —"¡Por piedad, no llame a nadie! Déjeme morir mirándola a usted sola. Su mamá de usted es generosa y noble como Bergamín, pero horrenda como Bergamín... no llame por caridad y presencie mi agonía... ¡Ay!..."

(Usted de cuando en cuando se saca la pastilla de la boca para poder hablar patéticamente; porque con ese bulto dentro de la boca hablaría usted como un idiota.) Ella dará vueltas en torno de usted enloquecida por un agradecimiento que rápidamente se convierte en voraz pasión. Usted pone los ojos lo más vidriosos que pueda y la mirará tiernamente murmurando con un hilo de voz: —"¡Hermosa mía... cuanto... te he queri...do... en... silen...cio!... Antes de morir pon tus labios en mi boca que no se ha rozado con los higos...".

Y si ella al ver que usted la va a fiñar por su causa no se entenece, soy capaz de jurar que la música de Guerrero y Alonso es "rigurosamente histórica". Pero es seguro que ella al ver que agniza usted se despoje de los peñicillos y se arroje sobre usted gritando fuera de sí: "¡¡Aunque me pinche!!"

Don Canuto.

("Pisicólogo" y ordenanza de Varieté.)

DE NUESTRO CONCURSO

PARA NO PAGAR AL CASERO

En vista de la enorme extensión de ocho de los trabajos enviados para este concurso; y del brillante verdor de las restantes soluciones, declaramos desierto el concurso, y acumulamos las veinticinco pesetas a las veinticinco del próximo concurso, cuyo premio será de CINCUENTA PESETAS.

ANTONIO
MOLINÉ



—Acepte usted mi amor, señorita. Formaremos una familia y tendremos un hijo, y otro, después un tercero, un cuarto, un quinto...

—Pero eso que me propone usted, caballero, ¿es una familia o un rascacielos?

Dib. de Moliné.



VIAJANDO EN PRIMERA

LA MUJER ITALIANA.

Su temperamento ardiente.—Su pasión insana.—Su sentimentalismo veneciano.— Su pelo suelto.—Su debilidad cerebral.—Sus zapatos de charol.—“La traviatta”, “Aida” y otras estupideces.

Un paseo en góndola.

Llegué a Italia y me instalé en Venecia. Y en seguida de dejar la maleta en un buen hotel, y de comprarme una postal con la torre inclinada de Pisa, me fuí a dar una vuelta al Gran Canal.

A un gondolero de expresión simpática, le dije:

—Tome usted dos pesetas en plata y deme usted la vuelta.

Y el veneciano, con muy malos modos, me dijo que no tenía que darme vuelta ninguna, porque costaba precisamente las dos pesetas.

Le saqué de su error, después de haberle sacado de sus casillas, porque se había molestado mucho, y una vez en la góndola, encendí un cigarrillo y me dediqué a saturarme del romanticismo que me rodeaba.

Era una hermosa noche de primavera.

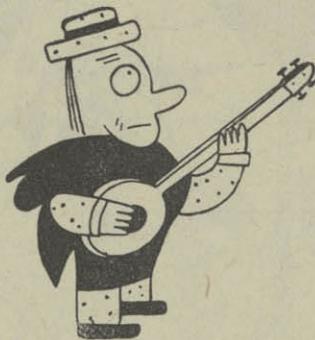
La luna, llena, iluminaba el agua, que por cierto olía bastante mal.

Los gondoleros cantaban viejas canciones:



Gondolero, gondolero,
que navegas sin temor,
conduciendo a enamorados
que se miran con amor...

con amor
con amor
oh, oh, oh...



Gondolero, gondolero,
que padeces de reuma,
pues estás en una barca
desde las ocho a la una...

a la una,
a la una,
oh, oh, oh...

Algunas parejas de enamorados, en otras góndolas, se decían ternuras con las manos entrelazadas y con caras de imbéciles.

Todo era poesía y agua turbia. Todo era romanticismo y amor.

De repente, mis ojos tropezaron con una mujer que cruzaba, en otra góndola, junto a la nuestra.

Iba sola y era bellísima. Tenía el pelo negro y ocultaba su pálido rostro tras un tupido velo.

Ella, al notarse contemplada por



mis ojos curiosos y algo miopes, miró y sonrió tiernamente.

El gondolero al observar esta escena dijo con gesto pícaro:

—¡Boccato di Cardinali!

Yo, entonces para presumir de conocer el dioma, espeté:

—¡Música di Cámera!

Y el siguió:

—¡Corpo di Bacco!

Y yo dije:

—Martinni Rossi.

El gondolero me miró, pensó: “Debe ser idiota” y siguió con sus monótonas canciones y metiendo el remo, como una criada imprudente.

Pero al dar otra vuelta por el Canal, volvió a cruzar ante mí la mujer morena de cara triste.

Y yo pregunté al gondolero:

—¿Quién es esa bella donna?

El gondolero suspiró:

—¡Oh, oh!... ¡Chi lo sa! Pasea sola todas las noches por el Gran Canal. No sé quién es.

Y, enigmático, volvió a cantar su canzonetta:

Gondolero, gondolero,
que navegas sin temor
conduciendo a enamorados
que se miran con amor...

con amor,
con amor...

La luna se ocultó tras una casa. Los remos, dulcemente, chapoteaban en el agua.

Los niños jugaban a “pídola”. Los peces nadaban.

¡Oh, nohechita de Venecia! ¡Jamás te borrarás de mi memoria!

¡En mi repugnante vida me he aburrido más!

La bella donna.

Dió la casualidad que los dos nos hospedábamos en el mismo Hotel, y nos hicimos amigos.

Se llamaba Francesca, era viuda, y tenía treinta y tres años y unas ganas horribles de encontrar un individuo que la amase con ceguera.

Y fuimos amantes.



—¿Usted sospecha de su mujer?
—¡No! Yo tengo la certeza!

¡Oh, cómo me quería!
¡Cuán poética era! ¡Cuán voluptuosa! ¡Cuán pesada!
Todas las noches me hacía ponerme bajo su ventana, a cantarle canzonetas de amor, acompañada de una mandolina.

Los días lluviosos ella se sentaba al piano de su gabinete, y me cantaba, con voz de mezzo-soprano, pasajes de "La Traviata", "Aida" y "Fausto".

Por las noches dábamos paseos en una canoa automóvil por el Canal y ella me decía abrazada a mí: —Chei io ami troppo— que quiere decir que me quería mucho.

—¡Camerino!—decía yo, por decir algo.

—Amame piu presto.

—Atrezzo.

—Oh, piu dolce.

—Allegretto.

—Che io ami.

—Confetti, Francesca.

Pero yo ya estaba un poco escamado.

A mí, toda aquella cursilería ya me iba molestando mucho.

Se lo juro a ustedes.

La locura.

Y una noche que dormíamos, yo noté que ella se levantaba de la cama silenciosamente, que abría la ventana, que salía a la terraza y que subiéndose a la balaustrada, con las manos extendidas y los ojos cerrados, comenzaba a andar por el pretil, con su camisón de dormir y con el cabello suelto.

—¡Atiza!—dije yo—. ¡Es sonámbula!

Y me cabreé mucho.

Esto del sonambulismo es cursi y anticuado, y yo no se lo tolero a nadie. Esto gustaba mucho antes en los folletines por cuadernos y en las películas de la Bertini. Pero ya, no.

Y no me atreví a empujarla y a tirarla al vacío, pero lo que sí hice fué irme al otro día con una joven tanguista de Tànger, a pasear en chalupa.

Pero fué horrible.

Cuando llegué al Hotel, a los dos días, Francesca me esperaba con un traje negro y con un cuchillo en la mano.

—¿Qué haces con esa facha?—le dije.

—Que te he visto con otra y he comprendido que mi obligación es matarme. Yo soy italiana y ardiente como el Etna.

—Bueno—accedí—. Mátate y que el Señor te acoja en su santo Seno. Comprendo que es tu obligación. Pero si yo he paseado con otra es porque tú no solamente me cantas óperas absurdas, y me obligas a que yo te amenice las veladas con canzonetas acompañadas de mandolina, sino que, no contenta con estas cursilerías, además eres sonámbula. Y ¡per la Madonna! esto no se lo tolero ni a Buda, Francesca.

Ella me miró de una manera especial, se soltó el pelo, y empezó a agarrarse a los quicios de las puertas, como si fuera la Jacobini.

Yo comprendí todo.

Y exclamé hecho una fiera.

—¡Por tu madre, no te vayas ahora a volver loca, porque era lo único que te faltaba. Como cometas esa tontería es cuando definitivamente me voy de tu lado. Volverse loca de amor es una idiotez.

—Sí, pero la mujer italiana tiene que volverse loca de vez en cuando.

Y empezó a reírse sarcásticamente y a atusarse el pelo. Y a decir:

—¡Qué bien dibuja Sancha!

Y se reía, se reía.

Y exclamaba:

—¡Me gusta el cocido a la madrileña!

Y luego se dió una puñalada en el corazón, me miró por última vez, me agarró una mano, y me dijo con palabras entrecortadas por la agonía:

—Un bel morir tuota una vita onora.

Yo, entonces, para no ser menos, dije otra bonita frase que me

había enseñado un mozo de la estación:

—Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano.

Y eché encima de su cadáver una sábana blanca.

Allá lejos se oían las canciones de los gondoleros:

Gondolero, gondolero,
que navegas sin temor
conduciendo a enamorados
que se miran con amor...

con amor,
con amor,
oh oh, oh...

¡Italia! ¡Italia!

¡Tus mujeres son morenas y voluptuosas!

¡Pero son más cursis que unas babuchas morunas!

Miguel Santos.

(Ilustraciones de Mihura.)

Ruego al Sr. Palau, de Valencia, que me envíe sus señas, pues las he perdido, y me es imposible contestarle

APARTADO DE
CORREOS DE

VARIETÉ
núm. 8.032



Anguita-17

—Oye, Bautista. Siempre te has fumado mis cigarros y te has bebido mis vinos y te has puesto mis camisas...

—Perdóneme el señor el que haya tenido su buen gusto.

—Perdonado hasta ahora... porque... ¡Me caso mañana!

Dib. de Anguita.

Una figura... retórica

Los chiquitines contentos
lanzan sus vibrantes risas
y se disponen, con prisas
a montar sus nacimientos.
¡Qué alegría! ¡qué algazara!
¡Qué júbilo tan sincero!
—¡Atiza! ¡A este posadero
me le han partido la cara!
—¡Está cojo el rey Melchor!
—¡Y tuerto el rey Baltasar!
Otro nuevo hay que comprar,
cuanto más grande, mejor.

Regocijo tan sin tasa,
sólo en la infancia se vé:
Veréis ustedes lo que
ha sucedido en mi casa.

Dieron, ha poco, en montar
Su nacimiento mis nenas
—dos fierecillas—y apenas
comenzaron a sacar
las figuras, cien roturas
rápidamente advirtieron
y, en seguida me pidieron
dinero para figuras.

—Seis reales para un pastor
y trece para animales;
danos diecinueve reales.
—Tomad un duro.

Pero falta el buey...

—¡No hay más!

—¡Anda, papaíto mío!

Mejor.

—Que no; cuando venga el tío,
le pidís y ya verás.

como te le compra, vida.

—¿De verdad?

—No hay que dudarlo.

—¿Irá en seguida a comprarlo?

—Que sí, monada: en seguida.

Llamaron. A la carrera
hacia la puerta se fueron;
llenas de impaciencia abrieron
y, en efecto, el "tito" era.

Y, apenas se hubo asomado
gritaron con gran contento:

—¡Ya está aquí el tío! ¡¡Ha lle-
[gado
el buey para el Nacimiento!!

F. Ramos de Castro.

Oigan ustedes

(Del libro titulado 7.000 chistes, puesto
recientemente a la venta.)

Tengo el honor de presentarme
ante ustedes como lo que soy, no
como un hombre alegre, ni como
un humorista... Yo soy un ma-
temático.

Si no he llegado a brillar en esta
gran disposición mía, ha sido por
mi tío "Estein". Yo me llamo Es-
teso, y él, con tal de que no me
pudiera aprovechar de su nombre,
usó el diminutivo de Esteso. Y si no
usó el aumentativo, es porque no



—Señorita; permítame que la acom-
pañe si llevamos el mismo camino.

—¡No! Porque usted se va a ir a
la porra.

tenía "tesón" de ser más que yo.
Pero mi tío me lo ha copiado a
mí todo.

El dice en la "Teoría de la re-
latividad" que, según la velocidad
que lleva el tren, hace la curva la
piedra.

Mejor dicho: Que se tira una
pidra desde el tren, y la piedra ha-
ce la curva, según la velocidad.
Pero esto me lo ha copiado a mí.

Yo, de niño, he apedreado mu-
chos perros sin ánimo de hacerles
mal, sino matemáticamente.

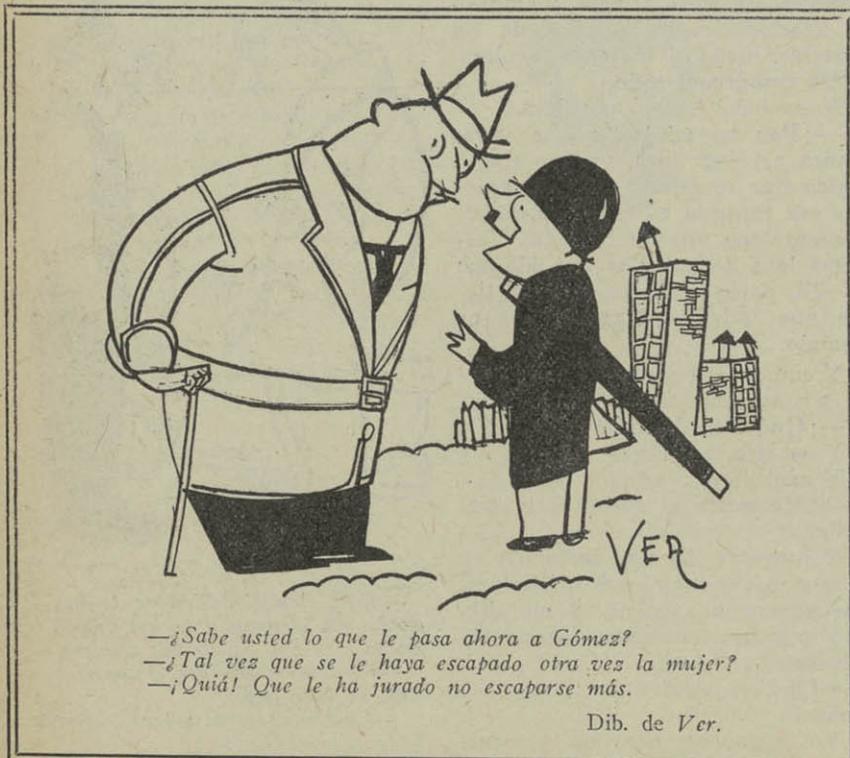
El perro iba por la pared de en-
frente; yo cogía una piedra del
suelo y le amenazaba al perro... Y,
según la velocidad que tomaba el
perro, tiraba cuatro o cinco perros
más adelante, y daba en medio.

A pesar de estos experimentos
científicos, yo sufría más que los
apedreados perros, pues soy in-
capaz de hacer daño a nadie.

Con decirles que a esos hemíp-
teros insectos, que la gente de fon-
da llama chinches y que son los
que más se aproximan al hombre...
jamás les hago daño. Esto en ca-
ma extraña porque a los chinches
de mi cama, a esos, jamás los
mato, ¡porque, al fin, llevan mi
sangre!

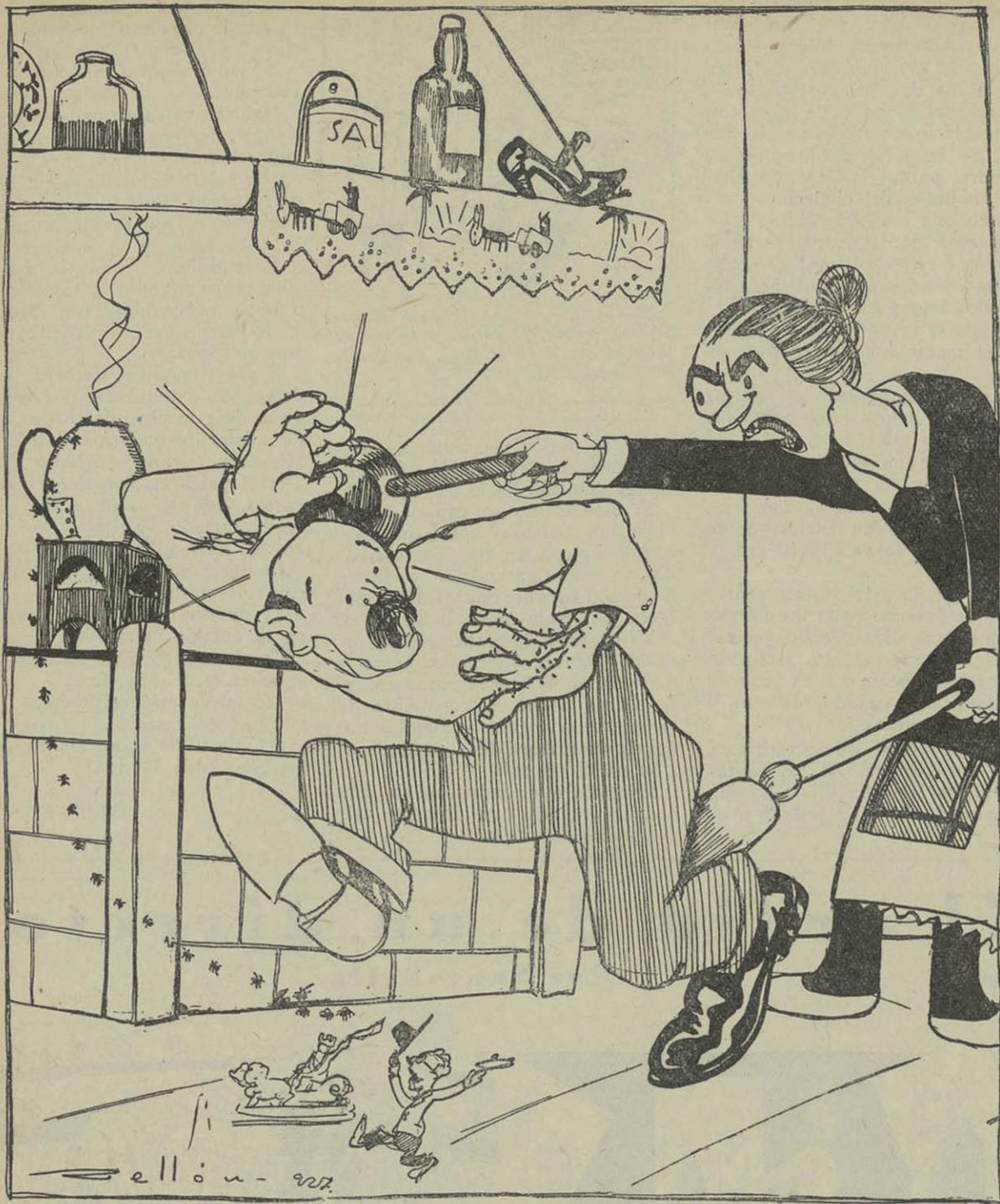
Para que se den cuenta de
quién soy yo como matemático,
les voy a exponer un problema
sencillo.

Supongamos que por la mano
derecha viene un tren a cincuenta
kilómetros por hora. El aire viene
en contra a treinta kilómetros
por hora. Yo voy asomado a la
ventanilla del tren; se me cae el
sombrero al suelo, y el tren para
a los dos minutos... ¿A qué dis-
tancia se halla el sombrero de mí?



—¿Sabe usted lo que le pasa ahora a Gómez?
—¿Tal vez que se le haya escapado otra vez la mujer?
—¡Quiá! Que le ha jurado no escaparse más.

Dib. de Ver.



Obras de muchas representaciones.
LAS CASTIGADORAS, por Bellón.

AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS

Apartado número 529.

de **JOSÉ W. VALBUENA**

MARACAIBO-Venezuela.

Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones, Referencias a satisfacción.

Cuentos y chistes

UNA BROMA SERIA

Pepito Robledales, es uno de los seres más bromistas que posee la fauna y la flora del Madrid bullanguero y trasnochador.

Pepito, por dar una broma a cualquiera, es capaz de los mayores sacrificios y de las más obesas atrocidades, no dudando incluso, en exponerse, a recibir el tortazo de rigor si llega el caso como premio a sus hazañas.

La otra noche, se hablaba en el Colonial de un fulano que tiene una novia más bonita que un sol, a la que quiere con fatigas y la que le corresponde con la misma moneda. Pepito, que odia esa clase de cariños sin regaños exclamó al saberlo:

—¿Qué os apostáis a que les hago que regañen mañana mismo?

—¡Eso sí que magras!—replicó uno de la tertulia. Encarnita está colada por él.

—¡Me es impermeable!

—Y él quiere mucho a Encarnita.

—Miel sobre hojuelas. Indícarne quienes son los fulanos y veréis como es verdad lo que os digo.

Y así quedó concertada la apuesta.

A la tarde siguiente los amigos llevaron a Pepito al Retiro lugar en el cual solían solazarse los tórtolos todas las tardes.

Cuando al fin los vieron avanzar por uno de los paseos menos concurridos, muy cogiditos del brazo, uno de los amigos indicó:

—Aquellos que vienen por allí, son.

—Perfectamente—replicó Pepe—. Ahora veréis lo bueno.

Y muy resuelto avanzó hacia la pareja en sentido contrario.

Al cruzar cerca de ellos se quitó el sombrero muy cortés y sin dejar de avanzar acelerando el paso exclamó:

—¡Adiós, Encarnita! ¿Qué tal se te cría el niño en el pueblo? Bien? Dale un beso de mi parte y recuerdos a Antonio.

Y al mismo paso acelerado desapareció por uno de los paseos dejando estupefactos y sin saber que hacer a los sorprendidos tórtolos.

Al día siguiente supo con no poco regocijo que la pareja había,

tarifado, al menos mientras se ponía en claro lo del vástago del pueblo...

Pero, como donde las dan las toman y callar es lo más conveniente, los amigos, hartos de aguantar las bromas demasiado pesadas las más de las veces, de aquél bigardón molesto, decidieron darle una definitiva que le curase de aquella monomanía que era la obsesión de su existencia.

Y tras mucho cavilar, dieron con una, que, realmente era como para cortar la digestión a una estatua de bronce.

Cierta mañana, cuando nuestro héroe dormía a pierna suelta reposando el éxito de una de sus hazañas, llamaron a la puerta.

La criada, diligente, acudió a abrirla, encontrándose macabramente sorprendida con la presencia de un empleado de una funeraria, portador de un sendo ataúd, con no menos sendos galones dorados.

—¿Don José Robledales?—preguntó el empleado.

—Aquí... aquí es... sí... señor—replicó la muchacha trémula y nerviosa ante aquéllo.

—Pues aquí viene el servicio funerario que han encargado para él.

La pobre doméstica muda de espanto no supo que replicar y se fué desencajada al cuarto de Pepe

—¡Ee... señorito!...—gritó angustiada—salga usted que... que aquí traen “una cosa” que...

Pepe se despertó bruscamente inquiriendo el motivo de aquella llamada intempestiva.

Cuando por boca de la fámula supo de lo que se trataba, se echó un Kimono al cuerpo y ordenó tranquilamente:

—Pásalo aquí y di al mozo que se espere.

—Pero, señorito...

—Tú obedece y ni repliques.

La muchacha, no sin cierta repugnancia cumplió lo que se le ordenaba.

Pepe, muy flemático, abrió el ataúd, lo midió, lo repasó concienzudamente y al cabo del rato volvió al recibimiento cargado con el “alegre” encargo.

—Mire usted—dijo al empleado—. Esto está muy bien. La madera no es mala, los galones son vistosos, la construcción es sólida y todo él en general me satisface pero... tendrá usted que traerme otro ¿sabe usted? porque éste... éste, “¡¡me hace arrugas!!”

Fidel Prado.

Editorial 1927.-Apartado 8.032



¡CUANDO EL LO DICE!, por Pin Pin.

—Dime, abuelito, ¿cómo se entra en el cielo?

—Pues verás. Si te mueres tú ahora, no tienes más que llamar a la puerta y decir: “Yo soy Pedrín”. Pero si me muerdo yo... ¡Como no sea con ganzúa!...

Nochebuena superrealista

(Caricatura)

PROLOGO

El primer actor.

El p. a.—Público amado y respetable: La comedia superrealista que vamos a tener el honor de representar, es algo extraña, un poco desconcertante y un mucho idiota. Rogamos, por tanto, al numeroso y respetable público, que se abstenga de arrancar las butacas para arrojárnoslas al escenario. Nosotros no podemos ser responsables de lo que suceda en la sala. Igualmente suplicamos a tan culto y selecto auditorio que no recuerde a nuestros familiares. Muchas gracias, señores, y que ustedes se diviertan, aunque nos parece que va a ser bastante difícil. Buenas noches

ACTO PRIMERO

Cocina de una casa de la clase media. Una mesa, y, sobre ella, sentados, Turrón, Mazapán y Botella de Jerez. Pavo pasea por la escena. La acción comienza en el atardecer del día de Nochebuena.

Pavo.—Las cinco, queridos compañeros. A las siete, seré sacrificado. Y vosotros, de quienes esperé ayuda y consejo, lleváis más de media hora sin despegar los labios.

Botella de Jerez.—¿Qué quieres que digamos? Es muy difícil lo que nos pides, lo que todos deseamos.

Turrón.—Yo estoy buscando el modo de salvarnos, o, por lo menos, de prolongar nuestras vidas. Pero no lo encuentro.

Mazapán.—Igual me sucede a mí. Porque comprenderás, amigo Pavo, que todos tenemos igual interés en conservar la dulce y preciosa existencia.

Pavo.—Vosotros ya sois viejos. Botella de Jerez tiene casi un cuarto de siglo, y tú, Mazapán, eres bastante duro.

Mazapán.—¡Falso! ¡Soy de este año y valgo más que tú!

Turrón.—¡Valemos!

Botella de Jerez.—¡Orden, orden! No se trata ahora de edades ni de valores. Lo que importa es salvarse.

Turrón.—¡Bien hablado!

Mazapán.—Tienes razón.

Pavo.—Disculpadme. Estoy tan desesperado que no sé lo que digo. ¡Voy a morir muy pronto! ¡Tened compasión de mí!



—¡Pero muchacha!... ¿No te puedes desenvolver con mil pesetas mensuales?...

—¡Ya lo creo! ¡Tan bien me desenvuelvo con esas pesetas, que a los cuatro días no me queda un céntimo!

Dib. de Picó.

Mazapán.—¡Pobrecillo! Es verdad. Tú serás el primero que...

Pavo.—¡No sigas, por favor! ¡Ay! ¡No me lo recuerdes!

Turrón.—¡Pobres de nosotros! ¡A los postres, todos iguales!

Botella de Jerez.—¡Vamos, vamos, no lloréis! Sois demasiado jó-

venes. Vosotros, Mazapán y Turrón: no os creí tan tiernos. Y tú, Pavo, ¡parece mentira!... ¡Eres un mocosito! En vez de cavilar la manera de salvarnos, os entregáis a la desesperación. ¡Así no vamos a ninguna parte! ¡Hay que ser más duros!

Turrón.—Sí, tienes razón. Pero ya sabes que no soy "de Alicante".

Mazapán.—Yo soy romántico, he nacido cerca de Zocodover y me encanta la música del maestro Guerrero.

Botella de Jerez.—Bien, bien; nada de eso nos importa. Es preciso pensar algo, pero de prisa. El tiempo pasa con rapidez, y, así, llegaremos a la noche, sin haber resuelto nada.

Pavo.—¡Los muy egoístas!... ¿Por qué han de necesitar de nosotros para festejar la Nochebuena?

Mazapán.—Verdad. ¡Que coman patatas fritas a la inglesa!

Turrón.—¡Eso mismo! Siempre me han molestado las cosas a fecha fija. Los hombres son demasiado rutinarios. Compran panecillos en la fiesta de San Antón, roscones el día de Reyes, y buñuelos de viento el primero de noviembre. Siempre lo mismo y siempre a plazo fijo. Todavía no he visto a nadie que coma buñuelos de viento el día de San Isidro. ¡Qué simpático me resultaría!

Botella de Jerez.—Pues, ¿y a mí,

dónde me dejáis? ¿Tenéis idea de estas botellas que se consumen en este día?

Turrón.—Sí. Pero, a vosotras, os buscan con más frecuencia y en todas las fiestas.

Botella de Jerez.—¡Peor que peor! ¡Oh, la ley seca! ¡Qué maravillosa!

Pavo.—Observo, Botella, que con la charla, también a ti se te olvida lo principal, y estoy temiendo que aparezca la fámula que ha de acabar conmigo.

Mazapán.—¿Quién, Casilda? Es buena muchacha. Esta mañana, después de mirarme largo rato, se ha limitado a arrancarme un grano de la corteza y a chuparlo.

Pavo.—Y yo la he oído decir: "¡Infeliz, con lo guapo que eres y que pronto vas a morir!" Ya véis. Parece inteligente, ¿verdad?

—Mazapán.—Y, además, odia a los señores.

Turrón.—Como casi todas las criadas.

Mazapán.—Dice que la pagan poco y que la obligan a trabajar mucho.

Botella de Jerez.—¡Ah!... ¡Oh!... ¡Uh!...

Turrón.—¿Qué te ocurre?

Mazapán.—¿Qué te sucede?

Botella de Jerez.—¡Una idea magnífica! ¡Nuestra salvación!

Pavo.—¿Es posible? ¡Habla pronto!

Mazapán.—¡Explicáenos!...

Turrón.—¡De prisa, de prisa!...

Botella de Jerez.—Pues veréis. Es decir, no. Esperad un momento.

Pavo, Mazapán y Turrón.—¿A qué?

Botella de Jerez.—A que caiga el telón.

ACTO SEGUNDO

Comedor de la misma casa.

El padre, la madre, el hijo y la hija, sentados alrededor de la mesa, se disponen a festejar la Nochebuena. Casilda, la criada, de pie, espera sus órdenes.

El padre.—Antes de comenzar la cena, quiero, hijos míos, que me contestéis a una pregunta que a los dos os alcanza. ¿Queréis decirme en dónde habéis pasado la tarde, sin mi permiso?

El hijo.—Yo, papá, en el "cine", con Chuchita, mi novia.

El padre.—¿Y tú?

La hija.—Con... con mamá...

El padre.—¿Y también con algún Chuchito?

La madre.—No la colorees, Pánfilo. Tus hijos son unos muchachos modernos y tienen necesidad de ir al "cine".

El hijo.—Sí, papá. Soy un "pollo pera".

La hija.—Y yo una "niña bien".

El padre.—¡Ah!... Perdonañme, hijos míos. Se me figuró que os habíais entretenido demasiado. Pero sois modernistas. Nada, nada. Casilda, sirva usted la cena.

Casilda.—Volando, señorito.

El padre.—¿Qué tal está el pavo?

La madre.—Debe de estar riquísimo.

Casilda.—Muy bueno, sí, señora.

La hija.—¡Qué gusto!

El hijo.—¡Me voy a hinchar!

Casilda.—Pero los señores no han probado los entremeses; las sabrosas aceitunas y las rajitas de salchichón.

El padre.—Ah, sí. Tomad.

La madre.—Ya puede usted servir el pavo.

Casilda.—Al momento, señora.

ACTO TERCERO

La misma decoración. Han transcurrido veinte minutos y tres se-



—Te advierto, Cirilo, que la gravedad se acentúa.
—Será como usted dice; pero ya sabe usted que yo no entiendo de ortografía.

Dib. de Pin Pin.

gundos. El padre, la madre, el hijo y la hija han muerto. Ustedes perdonen, pero no hay más remedio. Para algo el autor es superrealista. ¿Qué se les ocurre? ¿Qué no es ése el calificativo? Como ustedes quieran. (Esto empieza a ponerse mal.) Sigamos. Como decíamos, los cuatro miembros de la familia se sintieron indispuestos, después de comer los entremeses, y, a los pocos minutos, fallecieron.—Al levantarse el telón. Pavo, Mazapán, Turrón y Botella de Jerez han substituído, alrededor de la mesa, a la familia de la clase media.

Pavo.—Gracias, Casilda; gracias a tus excelentes servicios nos hemos salvado.

Turrón.—¿Sufrieron mucho?

Casilda.—Nada. Se quedaron como dormidos.

Mazapán.—¡Hay que ver!...

Pavo.—¡Cuidado, toledano!...

Botella de Jerez.—Me lo figuraba. La "camelina" es un veneno activísimo.

Pavo.—Gracias, Casilda.

Casilda.—Bah. Yo he hecho lo que he hecho porque "no podía ver" a los señores.

Botella de Jerez.—¡A comer, queridos compañeros!

Todos.—¡A comer!

Pavo.—Casilda: sirve el primer plato; o sea, la señora, asada con patatas.

Casilda.—El señor estaba tan delgado que no he podido aprovecharlo.

Turrón.—Bien. Después, el hijo. Botella de Jerez.—Es decir, "pollo pera" con tomate.

Mazapán.—Y, por último, de postre. la niña, que debe de estar riquísima.

Todos.—¡A comer, a comer!

Pavo.—Tú, Casilda, te sentarás a la mesa con nosotros y comerás de todo.

Casilda.—¡Imposible! ¡Yo, a los señores, no los puedo "tragar"!

EPILOGO

El primer actor y un espectador.

El primer actor.—Respetable pú-



LOS NIÑOS FLAMENCOS, por Bellón.

El pollo descubierto.—*Aunque usted me desprecie no puedo substraerme a ofrecerle mi respeto y mi admiración*

El niño repugnante.—*No la trates con finuras! ¡Esa con tó su postín dobla por un real de guisao!*

blico. Hemos encontrado al autor de la comedia superrealista que acaban ustedes de tener la paciencia de escuchar, debajo de una mesa y algo "mareado".

Disculpen los excesos de su Nochebuena. Y que ustedes descansen, que bien lo necesitan.

Un espectador.—Muchas gracias. Pero esto no puede quedar así. Haga usted el favor de decirle que salga a escena, que queremos patearle la cabeza.

El primer actor.—¡Imposible, señor!

Un espectador.—¿Por qué? ¿Es que se niega?

El primer actor.—No; no es eso. Un autor no se niega nunca a salir a escena.

Un espectador.—¿Entonces?...

El primer actor.—Es que el autor no tiene cabeza.

Un espectador.—¡Ah!...

“ V A R I E T É ”

se vende en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

Antonio Manzanera

Independencia, 2

Buenos Aire,

TELON RAPIDO

Pablo Torremocha.



GALERIA DE RETRATOS

Carmen Chinchilla

*Bailarina de las excelentes, y como mujer... es ésta
que están ustedes viendo en el retrato. ¡Nada más!
Fot. Walken.*



Yola d'Avril *artista de la First National, saluda al nuevo año en su modelo propio de traje de aviadora.*

Imp. Zoila Ascasibar y C.^a Martín de los Heros, 65.—MADRID.